

PRIMERA
PARTE

1

Nadie deja de fumar.

Como mucho, se deja en suspenso. Durante unos días. O unos meses; o unos años. Pero nadie deja de hacerlo. El cigarrillo sigue ahí, al acecho. Algunas veces aparece en mitad de un sueño, puede que incluso después de cinco o diez años de haberlo «dejado».

Entonces notas el tacto de los dedos sobre el papel; notas el ligero, sordo y tranquilizador ruido que produce cuando lo golpeas sobre la superficie del escritorio; notas el contacto de los labios con el filtro ocre; notas el chasquido de la cerilla y ves la llama amarilla de base azul.

Notas hasta el golpe en los pulmones y ves el humo que se disipa entre los papeles, los libros, la tacita de café.

Entonces te despiertas. Y piensas que un cigarrillo, uno solo, no puede hacer daño. Que lo podrías encender porque siempre tienes aquella cajetilla de emergencia guardada en el cajón del escritorio o en algún otro sitio. Pero después te dices, naturalmente, que la cosa no funciona de esta manera; que, si enciendes uno, encenderás otro y después otro, etc., etc. A veces funciona; otras no. Pase lo que pase, en aquellos momentos comprendes que la expresión *dejar de fumar* es un concepto abstracto. La realidad es distinta.

Y, además, hay ocasiones más concretas que los sueños. Las pesadillas, por ejemplo.

Ya hacía varios meses que no fumaba.

Regresaba de la Fiscalía del Estado, donde me había pasado un buen rato examinando las actas de un proceso en el que tenía que constituirme en parte civil. Y sentía unas ganas terribles de entrar en un estanco, comprarme un paquete de cigarrillos ásperos y fuertes —tal vez unos MS amarillos— y fumármelos hasta reventarme los pulmones.

El encargo me lo habían confiado los padres de una niña que había caído en la trampa de un pedófilo. Éste se había acercado a la puerta de una escuela, había llamado a la niña y ella lo había seguido. Ambos habían entrado juntos en el portal de un viejo edificio. Una bedela que había presenciado la escena también entró en el portal. El cerdo estaba restregando la pata sobre el rostro de la niña, que mantenía los ojos cerrados y no decía nada.

La bedela gritó. El cerdo se largó, levantándose el cuello de la chaqueta. Un recurso habitual pero eficaz, pues la bedela no consiguió verle bien la cara.

Cuando la niña habló, con la ayuda de una experta psicóloga, se descubrió que no había sido la primera vez. Y ni siquiera la segunda o la tercera.

Los agentes de la policía hicieron bien su trabajo, identificaron al maníaco y lo fotografiaron a escondidas. Delante de la oficina municipal donde trabajaba como un funcionario modelo. La niña lo reconoció. Señalando la fotografía con el dedo mientras le castañeteaban los dientes y apartando finalmente la mirada.

Cuando fueron a detenerlo, los agentes encontraron una colección de fotografías. De pesadilla.

Las mismas que yo había visto aquella mañana en el expediente.

Tenía ganas de romperle la cara a alguien. Al cerdo, a ser posible. O a su abogado. Había escrito que *«las declaraciones de la niña ofrecen una evidente falta de credibilidad, fruto de las fantasías morbosas típicas de ciertos sujetos en edad preadolescente»*. Le

habría partido la cara. También se la habría partido a los jueces que presidieron el recurso de solicitud de la condicional y que habían dejado al preso bajo arresto domiciliario. En aquella resolución se leía que *«para evitar el riesgo de reiteración de conductas innegablemente graves como las contempladas en el expediente era suficiente una restricción de la libertad personal en la forma atenuada del arresto domiciliario»*.

Tenían razón. Técnicamente, tenían razón. Bien lo sabía yo, que era abogado. Yo mismo me había mostrado favorable a aquella medida en numerosas ocasiones. Para mis clientes. Ladrones, estafadores, atracadores, individuos en quiebra e incluso algún que otro camello.

Pero no violadores de niños.

En cualquier caso, quería romperle la cara a alguien.

O fumar.

O hacer cualquier otra cosa que no fuera regresar a mi despacho y ponerme a trabajar.

2

Pero regresé al despacho y trabajé sin hacer ninguna pausa, ni siquiera para ir a comer algo, hasta bien entrada la tarde. Después le dije a Maria Teresa que tenía algo urgente que hacer y me fui a la librería.

Estuve dando vueltas entre las estanterías hasta la hora del cierre y fui el último en salir, cuando la persiana metálica ya estaba medio bajada y los dependientes permanecían todos en fila junto a la caja, mirándome sin la menor simpatía.

Llamé al timbre de casa de Margherita y esperé a que me abriera.

Tenía las llaves, pero casi nunca las utilizaba. Lo mismo hacía ella con mi apartamento, dos pisos más abajo.

Cada uno conservaba su vivienda, con los libros, los pósters, los discos y todo lo demás; el desorden, concretamente en mi pequeño apartamento. El suyo era un ático grande, bonito y ordenado. No de manera obsesiva. El orden propio de quien controla con serenidad la situación. Entre nosotros dos, el control lo ejercía ella, pero a mí me parecía bien.

El único cambio tuvo lugar en su casa. Compramos una cama enorme. La más grande que había, y la colocamos en su dormitorio. Me apropié del rincón de un armario y dejé allí unas cuantas cosas más. Después ocupé un estante del cuarto de baño. Y nada más.

A menudo me quedaba a dormir en su casa. Pero no siempre.

A veces me apetecía quedarme a ver la televisión hasta muy tarde —cada vez menos— y a veces quería leer hasta muy tarde. A veces era ella la que quería dormir sola, sin nadie a su alrededor. A veces, uno de los dos salía con sus amigos. A veces ella viajaba por asuntos de trabajo y yo me quedaba en mi casa. No entraba nunca en la suya cuando ella no estaba. Y la echaba de menos a las pocas horas de haberse ido.

Volví a pulsar el timbre justo en el momento en que se abría la puerta.

—¿Nervioso?

—¿Sorda?

—Si quieres quedarte en ayunas, basta con que lo digas. No es necesario andarse con indirectas ni rodeos.

No quería quedarme en ayunas y desde el interior del apartamento me llegaban los deliciosos efluvios de una comida recién preparada. Levanté las manos a la altura del pecho, le enseñé las palmas en señal de rendición y entré pasando entre su cuerpo y el marco de la puerta.

—¿Te he dado permiso para entrar?

—Te he comprado un libro.

Ella me miró las manos vacías y yo me saqué del bolsillo de la trenca la bolsita de la librería. Entonces cerró la puerta.

—¿Qué es?

—Constantinos Kavafis. Es un poeta griego. Escucha esto: Ítaca.

Abrí el librito blanco, me senté en el sofá y leí.

—Tienes que desear que el camino sea largo. / Que sean muchas las mañanas de verano / cuando en los puertos —al final y con cuánta alegría— / tú toques tierra por vez primera: / detente en los emporios fenicios y compra nácares corales y ámbares / valiosas mercancías todas ellas, también perfumes / penetrantes de todas clases, todos los embriagadores / perfumes que puedas, / visita muchas ciudades egipcias / aprende muchas cosas de los sabios. / Que

tengas siempre Ítaca en la mente / que llegar a ella sea tu constante pensamiento. / Por encima de todo, no apresures el viaje, / cuida de que dure mucho tiempo, años...

Margherita me quitó el libro de las manos. Marcando la página con un dedo, miró la tapa —ninguna ilustración, sólo una poesía, también allí—, pasó los dedos por la cartulina blanca y lisa; leyó la contraportada. Después regresó al poema que yo le estaba leyendo y vi que movía en silencio los labios.

Al final, me volvió a mirar y me dio un rápido beso.

—De acuerdo. Te puedes quedar a cenar. Lávate las manos. Pon un disco y pon la mesa. En este orden.

Me lavé las manos. Puse a Tracy Chapman. Puse la mesa y me serví un vaso de vino. Todavía me apetecía un cigarrillo, pero por aquel día el peor momento ya había pasado.

3

Después de cenar a ambos nos apetecía salir. Decidimos ir a un local que había abierto unos cuantos meses atrás. Una vieja nave industrial reformada donde se podía comer, se podía beber, se podía coger un libro, o un periódico, o un juego. Sobre todo, había una minúscula sala de cine donde, a partir de medianoche y hasta la madrugada, pasaban viejas películas ininterrumpidamente.

Podías presentarte a cualquier hora de la noche y siempre había gente. Me parecía una especie de avanzadilla contra la trivialidad de los ritmos ordinarios. Día / trabajo / vigilia / gente. Noche / casa / descanso / soledad.

El cine, sobre todo, era precioso. Mi cine ideal.

Había unas cincuenta localidades, no estaba prohibido hablar, la gente se podía mover y se permitía beber. A veces, entre una película y otra, servían espaguetis, o, cerca ya de la madrugada, café con leche en grandes tazas sin asa y croissants rellenos de nocilla.

A la mañana siguiente yo no tenía ninguna vista y, por consiguiente, me lo podía tomar todo con un poco más de calma. Margherita trabajaba las horas que ella quería. Así que nos vestimos y salimos de muy buen humor.

Almacenes de Ultramar, se llamaba el local. Llegamos allí poco después de las once y, como de costumbre, había gente a pesar de que estábamos a media semana. A muchos de los que había sentados alrededor de las mesas los conocía de vista. Más o

menos los que se veían en ciertos locales, en ciertos conciertos y en ciertas fiestas. Más o menos como yo.

Yo trataba de darme un aire distante y autoirónico en cuanto a mi presencia en aquellos ambientes —más o menos de izquierdas, más o menos intelectuales, más o menos sin problemas económicos, más o menos por encima de los treinta y por debajo de los cincuenta (bueno, no, también algunos por encima de los cincuenta)—, pero los seguía visitando. Como todos los demás.

Aquella noche la primera película del programa era *House of Games*. Una de mis diez películas preferidas. Una extraordinaria historia, nocturna y alucinada, de psiquiatras y estafadores.

Faltaban por lo menos tres cuartos de hora para el comienzo de la película. Margherita vio a dos amigas sentadas a una mesa, se acercó a saludarlas y ellas nos invitaron a sentarnos. Las amigas de Margherita eran novias y ambas se llamaban Giovanna. Y hasta se parecían. Ambas llevaban ropa de hombre y ambas se movían con gestos masculinos. Hasta el extremo de que me pregunté cuáles serían sus papeles —si es que los había— en la pareja. Iban al mismo gimnasio de artes marciales que Margherita.

—¿Os quedáis a ver la película? —preguntó Margherita.

—No, no creo. Mañana Giovanna tiene que madrugar —dijo Giovanna.

—Sí, nos terminamos este ron y nos vamos a dormir —añadió Giovanna.

En cierto modo me ignoraban. Quiero decir que ambas se habían vuelto hacia Margherita, hablaban sólo con ella y habría podido jurar que no la miraban con inocencia.

En determinado momento Giovanna le preguntó a Margherita si había decidido apuntarse con ellas al curso de paracaidismo.

¿Qué curso de paracaidismo?

—Lo estoy pensando. Me encantaría. Es algo que quiero probar desde hace muchos años. Sólo que no estoy segura de que tenga tiempo.

Conseguí meterme en la conversación.

—Perdona, ¿qué es esta historia del curso de paracaidismo?

—Ah, un amigo de las Giovannas es instructor de paracaidismo. Las ha invitado un montón de veces a participar en un curso. Ya sabes, para sacarse el título. Y ellas me han invitado también a mí.

Te han invitado también a ti porque se te quieren tirar. Quieren que te saques el título de lesbiana. Eso es: el título de lesbiana voladora.

No se lo dije así. Claro. Nosotros, los hombres de izquierdas, no decimos estas cosas; como mucho, las pensamos. Y, además, las dos Giovannas parecían muy capaces de arrancarme las pelotas y de jugar con ellas al *flipper* por mucho menos.

Guardé silencio mientras ellas hablaban del curso de paracaidismo y de lo sensacional que iba a ser, del poco tiempo que exigía en realidad —dos horas semanales entre teoría y preparación física— y del hecho de que con sólo tres saltos te daban el título.

Me vino a la cabeza la idea de hacer algún comentario mordaz acerca del carácter imprescindible del título de paracaidista para una joven profesional urbana a la entrada del nuevo milenio. Y, claro, realmente era una suerte que con sólo tres lanzamientos se pudiera sacar aquel título. Pues sí, chicos, *sólo tres lanzamientos*.

Me quedé callado, e hice muy bien. Porque tener el valor de lanzarme desde un avión en el cielo, en el vacío, sin miedo, era uno de mis sueños más secretos y prohibidos. Un sueño que jamás había tenido el valor de revelar a nadie y que, lo sabía muy bien pasados los cuarenta, jamás tendría el valor de cumplir.

Un sueño que ahondaba en mis miedos y mis fantasías de niño y que estaba allí para recordarme el paso del tiempo. Y el resto de cosas —pequeñas y grandes— que habría querido hacer y que nunca había tenido el valor de hacer. Que nunca habría tenido el valor de hacer.

Consiguieron convencerla de que encontraría tiempo para seguir aquel curso. Se pusieron de acuerdo para verse dos días después en la sede de la asociación de paracaidismo deportivo, donde las tres se matricularían juntas con un descuento gracias al amigo de las dos Giovannas.

—Yo me voy a ver la película. Empieza dentro de dos o tres minutos. Pero tú no te preocupes, quédate charlando tranquila —dije dignamente.

—No, no. Yo también vengo. Ellas ya se van.

Las dos Giovannas asintieron. Una de las dos, con un gesto de auténtico duro de película, apuró lo que quedaba en su vaso. Nos saludaron —en realidad, saludaron a Margherita— y se fueron.

Nosotros entramos en la pequeña sala de cine cuando las luces ya se habían apagado y la película estaba empezando. Antes de abandonarme a las atmósferas nocturnas y surrealistas de David Mamet, pensé, sólo durante un segundo, en lo mucho que me habría gustado lanzarme al vacío desde un avión o desde cualquier otro lugar bien alto.

Al vacío. Sin temor.

4

—¿Quiere saber de dónde he sacado este dinero, abogado?

Yo no quería saber de dónde había sacado aquel dinero el señor Filippo Abbrescia, apodado Pupuccio el Negro. Era un viejo cliente mío y su oficio consistía en robar y estafar a las aseguradoras, aunque cuando los jueces le preguntaban, decía ser albañil.

A la mañana siguiente teníamos un juicio en el tribunal de apelación. Por asociación ilícita y estafa, precisamente, y había venido para pagar. Por eso yo no quería conocer el origen del dinero que estaba a punto de entregarme. Pero, aun así, él me lo dijo.

—Abogado, he acertado una combinación de tres aciertos, correspondiente a las extracciones de la sede de la Lotto de Bari. La primera vez en mi vida.

Puso una cara muy rara, Pupuccio el Negro. Me dije que era la cara de alguien que se había pasado la vida robando y ahora no se podía creer que hubiera ganado algo. Me dije que, como muchos otros, se dedicaba a robar y a estafar porque no se le había ofrecido otra opción. Me dije que me estaba volviendo gilipollas por momentos y que me deslizaba sin remedio hacia lo patético.

Así que llamé a Maria Teresa y le confié el dinero que él había dejado encima del escritorio; después Pupuccio y yo repasamos lo que ocurriría al día siguiente.

Teníamos dos posibilidades, le dije. La primera era ir a juicio; en primera instancia lo habían condenado a cuatro años —pocos, pensé yo, para todas las estafas que había cometido— y yo podía

intentar conseguir que lo absolvieran. Pero si se confirmaba la sentencia no tardaría en regresar a la cárcel. La segunda era cerrar un acuerdo con el sustituto del fiscal general. Por norma, a los fiscales generales sustitutos —y también a los jueces del tribunal de apelación— les gustan los acuerdos. Todo va muy rápido, la vista termina a media mañana y cada cual puede regresar tranquilamente a su casa o a donde le dé la gana.

En realidad, a los abogados también les gustan los acuerdos en el tribunal de apelación. Todo se hace muy rápido y cada cual puede regresar tranquilamente a su despacho o a donde le dé la gana. Pero eso no se lo dije a Pupuccio.

—Y, si llegamos a un acuerdo, ¿cuánto tendré que cumplir, abogado?

—Pues mira, creo que podríamos intentar acordar dos años y medio. No será fácil porque el ministerio público es muy duro, pero lo podemos intentar.

Estaba mintiendo. Conocía al sustituto del fiscal general que al día siguiente estaría en la Audiencia. Sería capaz de pactar dos meses con tal de irse y no hacer una mierda. No podía decirse que fuera muy trabajador. Pero eso no se lo podía decir a Pupuccio el Negro o a los que eran como él.

La secuencia en casos como éste era la siguiente: decir que el ministerio público era muy duro; decir que se intentaría llegar a un acuerdo, pero que no sería nada fácil y no podía garantizarse; plantear como hipótesis una condena decididamente superior a la que yo tenía previsto conseguir; llegar al acuerdo que ya tenía previsto alcanzar desde un principio, confirmar mi fama de abogado cojonudo y de confianza; embolsarme el resto de los honorarios.

—¿Dos años y medio? ¿Y vale la pena llegar a un acuerdo, abogado? Ya casi da lo mismo ir a juicio.

—Sí, claro, lo podríamos intentar —dije en tono pausado y ecuánime—. Pero si se confirman los cuatro años, vuelves al trullo. Eso lo tienes que saber.

Pausa profesional. Después añadí:

—Por debajo de tres años, está la libertad bajo custodia prestando servicios sociales a la comunidad. Tú verás.

Pausa del cliente ahora.

—Vale, abogado, pero procure que sean menos de dos años y medio. Cualquiera diría que he matado a alguien. Dos o tres estafas habré cometido.

Yo pensé que, en resumidas cuentas, habría cometido por lo menos doscientas estafas, aunque los carabineros sólo hubieran descubierto unas quince; también había formado parte de aquella asociación para delinquir que precisamente se encargaba de cometer estafas a escala industrial; y tenía unos bonitos antecedentes penales, llenos de eso que se llama antecedentes especiales. No me parecía oportuno entrar en detalles al respecto con el señor Filippo Abbrescia.

—Muy bien, Pupuccio. Tú me firmas ahora el poder y mañana no vayas a la Audiencia.

De esta manera, no me veré obligado a montar numeritos y nos arreglaremos en un momento con el sustituto del fiscal general, pensé.

—Vale, abogado, pero por lo que más quiera, procuremos que sea lo mínimo.

—No te preocupes, Pupuccio. Y después ven a mi despacho y te digo cómo ha acabado. Y, cuando salgas, que mi secretaria te dé la minuta.

Ya se había levantado, pero aún se encontraba delante del escritorio.

—¿Abogado?

—Dime.

—Abogado, pero, ¿por qué hace la minuta? Después tendrá que pagar impuestos sobre ese dinero. ¿Vale la pena? Recuerdo que cuando venía a verle al principio, usted no hacía minutas.

Yo me quedé mirándolo desde mi asiento, de abajo a arriba. Era cierto. Durante muchos años, buena parte del dinero que había ganado había sido en negro. Después, cuando cambiaron tantas cosas en mi vida, empecé a avergonzarme de semejante conducta. No se trataba de una reflexión lúcida acerca del tema. Simplemente me avergonzaba defraudar a Hacienda y entonces —casi siempre y conforme a una valoración personal de lo justo que era pagar al erario público para cumplir con mi deber— extendía minutas y pagaba un montón de dinero en concepto de impuestos. Era uno de los cuatro o cinco abogados más ricos de Bari. Según la declaración de la renta.

Pero estas cosas no se las podía contar al señor Filippo Abbrescia, llamado Pupuccio el Negro. No lo habría comprendido; es más, habría pensado que estaba un poco mal de la cabeza y habría cambiado de abogado. Cosa que yo no quería. Era un buen cliente y, en resumidas cuentas, un hombre de bien que pagaba con puntualidad. Algunas veces incluso con dinero que no procedía de un delito.

—La Policía Fiscal, Pupuccio, la Policía Fiscal. En estos momentos los abogados la tenemos encima. Tenemos que andarnos con cuidado. Montan guardia cerca de los despachos, ven cuándo baja un cliente y después comprueban si tiene la minuta. Si no la tiene, entran en el despacho y efectúan la comprobación. Y entonces se acaba el trabajo. Yo prefiero no correr el riesgo.

Pupuccio pareció aliviado. Yo era un poco gallina, pero, en el fondo, pagaba los impuestos para evitar males peores. Él no lo habría hecho, pero podía comprenderlo.

Esbozó una especie de saludo militar, acercando la mano a una imaginaria visera. Adiós, abogado; adiós, Pupuccio.

Después dio media vuelta y se fue.

Cuando hubo transcurrido por lo menos un minuto y estuve seguro de que ya había abandonado el despacho, me puse a hablar solo en voz alta.

—Soy un gilipollas. De acuerdo, soy un gilipollas. ¿Hay alguna ley que lo prohíba? ¿No? Pues entonces me comportaré como un gilipollas todo lo que me dé la gana.

Después apoyé la cabeza contra el respaldo del sillón y me quedé contemplando un punto indefinido del techo.

Permanecí de aquella guisa un tiempo indeterminado hasta que sonó el teléfono.